

peare se adelantó a Dikens; en España Cervantes vino después de Lope y Calderón; en Alemania Goethe y Schiller no han encontrado hasta ahora quienes les hagan contrapeso en el género no cultivado por ellos y estéril aún.

Recorrida triunfalmente la etapa de la poesía lírica en el siglo XIX toca al siglo XX cultivar el drama, dejando la novela para días mejores. No precisa correr, lo importante es no desviarse. Ojalá pronto el título de Atenas de América podamos aceptarlo sin escrúpulo; por ahora no deja de ser una mentirilla galante, un diamante engastado en un anillo de cobre.

ANTONIO VICENTE ARENAS  
(Colegial de número)

## Humboldt en Colombia

(Conclusión)

«Agregando a los resultados que ofrezco en este momento a los físicos, algunas medidas hechas por La Condamine y Bouguer, las del señor Caldas, y las pocas alturas que se conocen sobre el territorio de los Estados Unidos, se encontrará que el Nuevo Continente presenta cerca de quinientos puntos cuya elevación sobre el nivel del mar ha sido determinado barométricamente. Dudo que en toda el Asia se conozcan más de cincuenta, y sin embargo las naciones más civilizadas de Europa tienen allí colonias desde hace tres siglos! Cuán importante sería fijar la altura absoluta del interior de la Persia y del Tibet!... Me he servido, de tiempo en tiempo, de un aparato en el cual se hace la experiencia primitiva de Torricelli, aplicando sucesivamente tres o cuatro tubos llenos de mercurio y sin aire a una escala móvil y tomando el término medio de las alturas observadas.»

Y al pie pone esta nota: «Es a las bondades del célebre Mutis, en Santa Fe, a las que debo este aparato, del cual él se ha servido en sus excursiones botánicas. Será útil recordar aquí que he descrito hace diez años, en el *Diario de Física*, un barómetro de varios tubos, de los cuales uno puede ser sustituido al otro en caso de un accidente, aun sobre la cima de una montaña».

En las posiciones geográficas hay 14, de las cuales dice: «Estas posiciones se fundan sobre las observaciones de don José Caldas, que ha calculado en 1806.» Ahí están Gigante, Garzón, Timaná, San Agustín, Pital, Carnecenas, Yagua, Boquerón, Naranjal, Suasa, Ceja, Hato de Abajo, Paicol y Cerrillos.

Véase, pues, cuán eficaz aparece la colaboración de nuestro sabio en las tareas del excelso prusiano; y cómo éste así lo reconoció siempre y de manera pública y no que se aprovechó de ella en silencio, como se ha dicho.

La obra cartográfica de Humboldt en nuestro país fue igualmente trascendental y benéfica. En la introducción de su astronomía se excusa modestamente de las imperfecciones de sus trabajos. Pide que se considere lo largo del camino que ha tenido que recorrer para que se vea que no ha podido sino esbozar, por decirlo así, el mapa de los países que ha atravesado. Será necesario, agrega, una serie de años, para levantar, en detalle, el plano del Orinoco y del río Magdalena. Y más adelante, hablando de su cuadro de coordenadas geográficas, dice:

«Después que la impresión de esta compilación ha sido terminada, he recibido, por la benevolencia del almirante don Josef Mazaredo, que tanto ha contribuido a los progresos de la astronomía náutica, el análisis razonado de los mapas publicados por el Depósito Hidrográfico de Madrid. Esta obra importante, redactada por el

jefe de escuadra don Josef Espinosa, lleva el título de *Memorias sobre las observaciones astronómicas hechas por los navegantes españoles en distintos lugares del globo* (dos volúmenes en 4.º Madrid, 1890). El ofrece las observaciones originales hechas en las expediciones memorables de Malaspina, Churuca, Fidalgo, Galiano y Ceballos, quienes desde el año de 1788 han cambiado, por decirlo así, la Geografía de las costas de América».

En otro de sus libros hace notar errores de latitud en el mapa de la América meridional por d'Ambille (1); y observa allí que, en la carta que Suwille hizo para la obra del padre Caulin se ha confundido el caño *Pimichin* con el *Itivini* o *Carorichite*, que es un brazo del Casiquiari (2). Y censura algunos detalles del diseño del Orinoco que aparece en la historia del Padre Gumilla. Le debemos, sobre todo, un buen mapa del Magdalena. Al señor Tobar le escribe el 2 de agosto de 1802: «El deseo de ver personalmente al ilustre Mutis nos ha obligado a preferir el penoso y costoso viaje del río de la Magdalena (cuyo plano he levantado en cuatro hojas como el del Orinoco, río Negro, Casiquiary y Atabapo) al de Panamá. Infinitos han sido los frutos que hemos sacado de este dilatado viaje en el Nuevo Reino de Granada, la Provincia de Popayán y las de los Pastos».

También a su hermano le habla de este mapa y le cuenta que al Virrey le ha dejado una copia de él. Y en una de sus memorias hace constar que ese diseño, desfigurado por los copistas, ha sido grabado en Madrid, sin su licencia y antes de su vuelta a Europa, y tiene por consiguiente erreres como la elevación de Honda. En el grande Atlas que acompaña a su *Viaje a las regiones equinoc-*

(1) *Viaje a las regiones equinocciales*, capítulo XIX.

(2) *Viaje a las regiones equinocciales*, capítulo XX.

*oiales* se insertó ese mapa, creemos que ya enmendado por su autor (1).

Tocóles una estación inclemente al cruzar nuestra frontera con el Ecuador. «Después, dice, de haber sido mojados día y noche, durante dos meses, y de haber estado a punto de ahogarnos cerca de la ciudad de Ibarra por una creciente de agua completamente inesperada, y acompañada de temblores, llegamos el 6 de enero a Quito, donde el marqués de Selvalegre había tenido la bondad de prepararnos una hermosa mansión que después de tantas fatigas nos ofrecía todas las comodidades que se podían desear en París o en Londres».

Cerca de ocho meses residieron los dos sabios en la provincia de Quito, adonde fue con ellos el ilustre payanés. Visitó Humboldt en dos ocasiones el cráter del Pichincha, al cual antes que él sólo había llegado La Condamine, quien apenas pudo permanecer breves instantes. La primera vez fue tan sólo en compañía de un indio, y la segunda, dos días después, con Bonplad y Carlos Montúfar, otro de los mártires de nuestra independencia. En el intervalo de esas ascensiones hubo un violento temblor y los indígenas le atribuyeron a pólvora que el sabio había arrojado por la boca del enhiesto monte.

También pusieron sus plantas en los volcanes Antisana y Cotopaxi, y en las cimas nevadas del Tunguragua y del Chimborazo. Bien peligrosa fue la subida a este coloso, rey de los Andes, cuya cumbre casi tocaron. Tanta nieve les cayó a su descenso, que con trabajo lograban reconocerse, y llegaron abajo con un profundo malestar.

(1) En el libro *Cartas de Caldas* hicimos notar (páginas 502) que este tramo hecho por Humboldt es desde Purificación hasta la desembocadura, y que al lado está el tramo hecho por Caldas, que es desde las fuentes hasta el dicho puerto. El sabio alemán no solamente pone a éste el nombre de nuestro prócer, sino que hace constar la ayuda que le prestó en su plano del Bajo Magdalena.

Ningún ser animado vieron en aquellas plateadas cúspides, ni siquiera los cóndores que en Antisana volaran continuamente sobre sus cabezas, como queriendo defender sus dominios contra la invasión de tan audaces viajeros.

En Ríobamba hicieron el descubrimiento de un manuscrito en extremo curioso: una historia de la provincia de Quito antes de la conquista de ella por los incas. Un cacique Leandro Zapla la había recibido de sus antepasados y la guardaba cariñosamente. Estaba escrita en la lengua purugnay, que fue la de aquella región antes de que el quichua la suplantara. En ese documento se habla de la montaña llamada *Nevado del Altar*, que debió ser la más alta del universo, y que reventó en remota época en una pavorosa catástrofe. Los sacerdotes indios advirtieron a su rey que ello era un anuncio de la ruina de su poderío y que debían resistir a los mandatos del destino; y al poco tiempo los peruanos invadieron su territorio. La erupción duró siete años, y durante ellos reinaron las tinieblas sobre la comarca.

«Cuando se contempla, dice Humboldt, la cantidad de materias volcánicas que se encuentran en la llanura de Tapia, en torno de la enorme montaña hundida entonces, y se piensa en que el Cotopaxi ha envuelto a menudo a Quito en las tinieblas durante quince a diez y ocho horas, se puede creer que la exageración al menos no ha sido demasiado grande».

Después atravesaron el páramo del Azuay, donde están las ruinas del camino de piedra que iba hasta las cercanías del Cuzco y llegaron a Cuenca. Allí permanecieron solamente diez días y se les dedicaron unas fiestas de toros. Tomaron la ruta de Loja para estudiar aún más la quina cinchona, en su lugar nativo, y llegaron a las orillas del Amazonas. Treparon en seguida los Andes por las minas de Hugayot y descendieron por el otro declive a Cajamarca, donde dibujó las bóvedas del palacio de Ata-

hualpa. Después salieron a Trujillo y de ahí por las costas del Pacífico llegaron a Lima.

Ya hemos hecho notar en otro escrito varios errores que tiene el bello Atlas de Paz sobre el viaje de Humboldt, en la parte relativa a Venezuela y Nueva Granada. También en esta sección de su gloriosa correría, o sea de Bogotá a Lima, hay algunos yerros u omisiones. A fin de precisar las etapas de tan magnífica excursión, tenemos un cuadro de ellas, que hemos hecho en vista de sus cartas y de sus obras, así como de las biografías del sabio.

La lucha de la independencia hizo olvidar la obra de Humboldt a principios del siglo pasado. Eran días sangrientos en los cuales no había campo para estudios científicos. Las contiendas civiles tampoco dieron solaz para serias investigaciones. Apenas Acosta, Vesga y algún otro amante de estos estudios se ocuparon en las labores del sabio; mas con la llegada del ministro señor Schumacher, ferviente devoto de su compatriota, a fines de esa centuria, se despertó su recuerdo en nuestra capital.

En 1873 estaba aquí ese primer representante que nos enviaba el imperio entonces victorioso y grande, y en la fiesta de la Universidad, en diciembre de aquel año, pronunció dicho diplomático un discurso sobre Humboldt.

«El mismo día, dijo, que salí de mi ciudad natal, para empezar la vida científica en las universidades de mi patria, se extinguió en la actual capital del Imperio Alemán la vida de un hombre que ha dejado las huellas de sus pasos en casi todas las partes del mundo: tanto en los países de Europa y Asia, como también en las regiones de este continente. En el nombre de Humboldt se unen los gratos recuerdos de casi todos los pueblos civilizados». Y ese día regaló a un alumno tres retratos del sabio. El uno cuando joven, en el año de 1796, en que proyectaba su gran viaje; el otro, años después, en 1814, cuando publica-

ba sus obras en París, y el último, ya en su gloriosa ancianidad.

Es esa oración de los pocos recuerdos que se han hecho aquí del sabio, y él fue obra de un compatriota de éste. Bien sería que una estatua, un busto, un medallón, o una lápida siquiera conmemorara al perinclaro viajero que tantas y tan eximias huellas dejó sobre gran parte del suelo colombiano.

En Méjico, país que visitó más tarde, se ha venerado siempre con intenso entusiasmo la memoria de Humboldt. En 1827 se les declara a él y a Bonpland, por el gobernador Zárate, ciudadanos de aquella República; en 1859 Juárez ordena hacer del excelso alemán una estatua para el colegio de minas; en 1869 celebra la Sociedad de Geografía su centenario y coloca su retrato en el salón de sus sesiones; en 1884 se pone su efigie en la sala de lectura de la Biblioteca Nacional; y en 1910 se inaugura frente al edificio de ésta, otra estatua que fue donada por el Emperador de Alemania. Lleva además su nombre una calle de la capital (1).

«Como sin cesar, dijo un orador en alguna de esas festividades, se renuevan en la naturaleza las plantas por él estudiadas, así se renovarán sus admiradores en el curso de los tiempos».

Y para terminar este capítulo hacemos nuéstrás las palabras de otro tribuno, también de las campañas de Anahuac:

«Yo no vengo a tomar la medida de la gloria de Humboldt, sino a ofrendarle incienso».

1923.

EDUARDO POSADA

---

(1) De estas ovaciones se habló en el *Boletín de la Biblioteca Nacional de Mejico*, número especial consagrado a honrar la memoria del ilustre barón Alejandro de Humboldt. 1910.